1) Vas a leer tres textos distintos. Identifica en cada uno su tipología: narrativo, descriptivo, argumentativo.

TEXTO I

Seguramente el hombre es el rey de los animales, pues su brutalidad supera a la de estos.

Leonardo da Vinci

TEXTO 2

En marzo, el día 25, sucedió en San Petersburgo un hecho de lo más insólito. El barbero Iván Yákovlevich, domiciliado en la Avenida Voznesenski (su apellido no ha llegado hasta nosotros y ni siquiera figura en el rótulo de la barbería, donde sólo aparece un caballero con la cara enjabonada y el aviso de «También se hacen sangrías»), el barbero Iván Yákovlevich se despertó bastante temprano y notó que olía a pan caliente. Al incorporarse un poco en el lecho vio que su esposa, señora muy respetable y gran amante del café, estaba sacando del horno unos panecillos recién cocidos. —Hoy no tomaré café, Praskovia Osipovna —anunció Iván Yákovlevich—. Lo que sí me apetece es un panecillo caliente con cebolla.(La verdad es que a Iván Yákovlevich le apetecían ambas cosas, pero sabía que era totalmente imposible pedir las dos a la vez, pues a Praskovia Osipovna no le gustaban nada tales caprichos.) «Que coma pan, el muy estúpido. Mejor para mí: así sobrará una taza de café», pensó la esposa. Y arrojó un panecillo sobre la mesa. Por aquello del decoro, Iván Yákovlevich endosó su frac encima del camisón de dormir, se sentó a la mesa provisto de sal y dos cebollas, empuñó un cuchillo y se puso a cortar el panecillo con aire solemne. Cuando lo hubo cortado en dos se fijó en una de las mitades y, muy sorprendido, descubrió un cuerpo blanquecino entre la miga. Iván Yákovlevich lo tanteó con cuidado, valiéndose del cuchillo, y lo palpó. «¡Está duro! —se dijo para sus adentros—. ¿Qué podrá ser?» Metió dos dedos y sacó... ¡una nariz! Iván Yákovlevich estaba pasmado. Se restregó los ojos, volvió a palpar aquel objeto: nada, que era una nariz. ¡Una nariz! Y, además, parecía ser la de algún conocido. El horror se pintó en el rostro de Iván Yákovlevich. Sin embargo, aquel horror no era nada, comparado con la indignación que se adueñó de su esposa.

Nikolai Gogol

La nariz

TEXTO 3

Vivían la Tía Sponge, la Tía Spiker y ahora también James en una extraña casa destartalada, situada en la cima de una colina, en el sur de Inglaterra. La colina era tan alta que casi desde cualquier lugar del jardín James podía ver millas y millas de un maravilloso paisaje de bosques y campos; y en los días claros, si miraba en la dirección apropiada, podía ver allá lejos en el horizonte, un pequeño punto verde, que era la casa en la que había vivido con sus queridos mamá y papá. Y, justo un poco más allá, podía ver el océano, una estrecha franja de color azul oscuro, como una línea dibujada a tinta, que bordeaba el cielo. Pero a James nunca le dejaban salir de la cima de aquella colina.

Roal Dalh

James y el melocotón gigante

LIVEWORKSHEETS